

á la mitad del siglo que ha querido apellidarse *de las luces*. Todo esto contribuye para hacer mas visibles y monstruosas sus consecuencias.

La pobreza que consume á la mayoría de esta misma clase puede solo compararse con su ignorancia. Penetrando esas estrechas callejuelas de Lóndres, donde rara vez suele asomar por un instante el sol al medio dia, puede concebirse alguna idea de esa miseria imponderable. Allí encontraréis desnuda la familia del mendigo que corre las calles cubierto de andrajos, buscando algun alimento que llevar á sus hijos; veréis los niños llorar de hambre, miéntras el viejo trabado de frio muere tambien de necesidad tirado sobre un monton de paja húmeda y podrida. Estos albergues de la miseria lo son á la vez de la iniquidad. Allí se fragua toda clase de embustes para pillar alguna moneda; allí se maquina el homicidio cuyo principal objeto es robar la víctima; y allí se aprende por principios la simulacion, el odio al rico y la mala fe para ejercitarla siempre que esté de por medio el propio interes, por ruin y despreciable que sea. No hay delito, por execrable que parezca, que sus individuos no estén dispuestos á cometer, careciendo del único freno que detiene al hombre que se desliza en la carrera del vicio, á saber: la conciencia estimulada por la religion. Algunos de los que ha publicado la prensa en estos últimos años carecian hasta entónces de modelo en la historia de los países civilizados, y á esta relajacion de costumbres, llevada hasta el exceso mas repugnante, estaba reservado exhibirlos por primera vez.

Los apologistas del protestantismo que se imponen la ingrata tarea de averiguar los crímenes que se cometen en los países católicos para darles publicidad, debian registrar á la vez las columnas que los diarios de Inglaterra consagran á su crónica judiciaria, y contar, si pueden, los infanticidios, los asesinatos, los adulterios y los robos que cada dia se someten allí á los tribunales. Compárese la estadística criminal de los Estados de Europa, y se verá que no son los países

católicos, como aquellos pretenden, los que proporcionalmente producen mayor número de crímenes. Por lo que respecta á la Gran Bretaña, seria difícil reducir á número las pobres criaturas que inmolan cada año sus madres desnaturalizadas: diré, sí, con todo el horror que producen en mi alma semejantes hechos, « que en Leeds han subido á trescientos los infanticidios cometidos en un año; que del mismo modo que Leeds, las otras ciudades manufactureras presencian cada dia este horrible espectáculo, que acredita la depravacion mas avanzada á que puede llegar el corazon humano; que el aborto voluntario es tan comun en toda la Inglaterra, que existen médicos que son reputados como especialidad para el caso; y en fin que la embriaguez es de tal manera usual, que á causa de su costumbre ha llegado á perder el horror que inspira todo delito en el corazon que siente alguna vez las inspiraciones de la moral. »

Una de las causas de aquel crecido número de infanticidios que sirve de baldon á la moral inglesa es frecuentemente el interes. Existen en Inglaterra los que se llaman *clubs de entierro*: cada individuo que paga en estos un penique por semana tiene derecho para cobrar cierta cantidad destinada para el funeral del asociado. Apénas nace una criatura, cuando su madre hace inscribir su nombre en uno ó en muchos clubs; continúa pagando durante el tiempo suficiente para percibir una cantidad considerable; y cuando este ha pasado, el niño aparece muerto por efecto de algun accidente violento. La policía es casi siempre incapaz de averiguar el crimen, verdadera causa de tales muertes, por fundadas que sean las conjeturas que le asistan. ¡Ved ahí cómo unas madres sin entrañas y sin conciencia explotan los clubs cometiendo doble delito! Contemplando este triste espectáculo que ofrece el estado moral de Inglaterra, puede apreciarse bien la razon de aquel dicho de Melanchton: « Las aguas del Elva no darian bastantes lágrimas para llorar las miserias de la reforma. »

Ved ahí hacinados, por decirlo así, los efectos de la ignorancia y de la miseria que roen y devoran la porción mas numerosa del Estado. Los que pintan con colores exagerados la mendicidad de Italia no han venido á estudiar la de Inglaterra en aquellos lugares ciertamente de oprobio para el país que puede mantenerlos en su seno. En los Estados del Papa, en Nápoles, en Toscana, se encuentran, es verdad, cientos de mendigos que piden una limosna vestidos de andrajos; en Inglaterra, donde esto es prohibido por bandos severos de policía, los mendigos no piden por las calles con libertad; pero á pesar de esto se presentan en todas partes ancianos achacosos que limpian el camino, y mujeres rodeadas de niños que cantan su pobreza, esperando recibir algo de los que pasan. Y no obstante aquella prohibicion, en todos los lugares el corazon caritativo encuentra á millares personas de la misma fisonomía, y que hacen, aunque con cierta reserva, igual peticion que los mendigos de Italia. Una diferencia muy notable existe, sí, entre unos y otros: estos piden en nombre de la religion, que manda socorrer; mas los otros hablan solo en nombre de la humanidad..... esta siempre es estéril, á pesar del culto con que la ha divinizado el protestantismo; los primeros, además, no se entregarán á excesos cuando la limosna no llégue á socorrerles, miéntras los segundos no conocen absolutamente la resignacion, hija de otros principios y de otra fe.

¿Y podrá decirse que en la conciencia de un pueblo devorado por gangrenas tan monstruosas existe el elemento salvador? ¡Ah, que en el siglo de las realidades no es lícito á la imaginacion alimentarse de utopias! La teoría de esta asercion será bella, si se quiere, pero del mismo modo que lo son los hermosos cuadros de educacion popular estampados sobre el papel de las memorias de los *comités*, y cuyos efectos saludables no alcanza á percibir un pueblo sumido en la ignorancia y en la miseria mas profundas. Los hechos que consigna el capítulo siguiente manifiestan lo que hay de realidad.

CAPÍTULO XIV.

Previsiones. — Avances del socialismo. — Solo la unidad salva. — Esta no existe. — El espectáculo. — La Inglaterra dispierta. — Desarrollo del catolicismo. — Cuadro de propagacion. — Las necesidades sociales socorridas por el catolicismo. — La abadia del Cister. — Las órdenes regulares. — El catolicismo penetra en todas partes. — Los conventos y las escuelas de los católicos. — Diferencia del sistema de educacion de católicos y protestantes. — Memorias de un noble lord. — La serie de victorias.

Los hombres que piensan y al traves de los tiempos divisan con la vista de su inteligencia el desenlace postrero de los sucesos, se asombran contemplando el que prepara á Inglaterra su actual estado moral: invadida, fatigada y despedazada por el materialismo, el ateísmo, la degradacion de costumbres, la herejía y la impiedad, la divisan caida al fin en las manos ensangrentadas del socialismo, y morir al filo de su espada destructora, para enriquecer con los despojos de sus palacios esa generacion que hoy pide en vano para alimentarse los desperdicios de los criados de los grandes. — Este pronóstico, léjos de parecer aventurado, no debe considerarse sin embargo mas que como el efecto preciso y natural del curso de los hechos. Ese inmenso pueblo, que hemos considerado sumido en la ignorancia y en los vicios, es trabajado incesantemente por gentes que le inspiran ideas subversivas, inmorales y revolucionarias. Los millones de trabajadores que mueven las fábricas alimentan su espíritu, ó de las producciones inmundas que les envia una turba de escritores plagada de vicios, ó de artículos subversivos donde